

# ESTRUCTURA SOCIAL Y ESTRUCTURA LINGÜÍSTICA

por el prof. MARCEL COHEN

“El lenguaje es un hecho eminentemente social”<sup>1</sup>. Ante todo debemos tener presente la interdependencia de los hechos lingüísticos y los hechos sociales, y asimismo ciertas relaciones de acción y reacción muy complejas. En materia como ésta, las concepciones simplistas sólo podrían llevarnos a un rápido fracaso. Por el contrario, una crítica de los hechos que respete su carácter genuino, dentro de su extrema complicación, puede abrir el camino a indagaciones que prometan sólidos resultados en el curso de los futuros progresos necesariamente unidos, de la lingüística (la primera ciencia humana que adquirió forma rigurosa, aunque todavía es muy joven), la psicología (cada vez mejor equipada, pero aun inerme frente a tantos problemas) y la sociología, la última en formarse técnicas de base reconocidas que los teóricos aún encaran desde diferentes puntos de vista.

André G. Haudricourt y Georges Granai<sup>2</sup> formulan la primera observación necesaria: el lenguaje es *interior* a la sociedad. Incluido en la sociedad que evoluciona, no se desarrolla de manera independiente, puesto que pertenece a dicha sociedad, pero sí de acuerdo a condiciones propias de su especificidad, que la lingüística moderna se cuida de definir como un organismo aunque ve en ella un sistema estructurado. Para los técnicos, la estructura se define como la colaboración de ciertos sistemas que dan lugar a estudios muy sutiles y llenos de interés. Ejemplo de solidaridad entre el sistema fonémico (el de los sonidos) de la lengua y el sistema gramatical: si la evolución fonética hace que los finales de las palabras se debiliten hasta la confusión o desaparición de determinadas vocales y consonantes, las distinciones morfológicas no pueden hacerse por medio de finales diferentes (como en la declinación latina por ejemplo), a menos que en un momento dado la necesidad de distinguir ciertos casos, géneros o nombres provoque la reafirmación de vocales o consonantes debilitadas. (Tal es el caso de la *s* ahora muda, que señala el plural en francés y que se pronuncia siempre en español.)

El vocabulario mismo no es amorfo; también debemos hablar de sistemas de léxico, tema aún mal estudiado: por ejemplo, muchas lenguas sólo admiten palabras de lon-

<sup>1</sup>Prólogo de A. Maillet en *L'état actuel des Etudes de Linguistique générale*, lección inaugural; Collège de France, febrero de 1906. Reproducido en *Linguistique*

*historique et Linguistique générale* (1-ed., 1921)

<sup>2</sup>“Linguistique et Sociologie”, en *Cahiers Internationaux de Sociologie*; julio-diciembre de 1955.

gitud estrictamente limitada, cosa que se explica en parte por la fonética; en consecuencia, los préstamos lingüísticos demasiado largos no se aceptan sin abreviarlos.

Las pocas líneas anteriores bastan, sin duda, para señalar los riesgos en que caeremos si pretendemos establecer relaciones en el detalle de los hechos sociales y los hechos lingüísticos. Lo cual no significa que debemos limitarnos a ensayos de comparación generales. Al contrario, dicho método no sería de ninguna eficacia. Pero si nos parece útil intentar estudios de detalle, deberemos tomar en cuenta —aun antes de iniciarlos— que unos pocos resultados parciales no podrán legitimar ninguna generalización.

Traspongamos estas advertencias al ámbito práctico: de igual manera que es aconsejable examinar cómo todos los hechos que conciernen a las lenguas encuadran en las historias de los hechos sociales (y esto procurando reunir un rico repertorio que haga las veces de breve enciclopedia), sería ilegítimo, en el estado actual de los estudios lingüísticos, psicológicos y sociológicos, que pretendiéramos formar un manual de sociología lingüística. Concentremos ahora la investigación sobre las estructuras. Después de dar cierta idea de lo que llamamos estructura lingüística, convendría definir también la estructura social. Digamos sucintamente que se trata en esencia de reparticiones de grupos (tales como los familiares, clanes, tribus) y de sus sistemas de preeminencia y mando (autoridad matriarcal, patriarcal, electiva, etc.).

Durante el gran desarrollo de la etnografía y de la sociología en el siglo xx, se hicieron algunos intentos para establecer un estudio comparativo de las estructuras.

Wilhelm Schmidt, misionero, etnógrafo, contribuyó notablemente a formular una doctrina de las “áreas de civilización” (*kulturkreise*) definidas por la existencia concomitante de un reducido número de hechos considerados característicos, con exclusión de la hipótesis de convergencias en condiciones análogas. Schmidt quiso tener en cuenta las lenguas con sus características internas: de allí las dos partes gemelas de su obra, sobre las familias y las áreas de lenguas<sup>3</sup>. En la segunda parte, Schmidt no teme relacionar detalles de constitución de lenguas con detalles de constitución de la sociedad: por ejemplo, la construcción en que un nombre determinante (complemento) procede al nombre determinado (alguien-casa) pertenecería a las sociedades del tipo más antiguo sin agricultura y sin gobierno determinado. En una sociedad matriarcal de cultivadores, se emplearía una construcción tal como casa-pertenencia-alguien. En una sociedad patriarcal de guerreros conquistadores se adoptaría el orden *casa (de alguien)*. Este ambicioso intento apenas encontró aprobación.

<sup>3</sup>P. W. Schmidt: *Die Sprachfamilien und Sprachkreise der Erde*, Heidelberg, 1926 (véanse es especial las páginas 464-465). Reseña de Marcel Cohen en el Bu-

lletín de la Société de Linguistique, t 28 N° 84, 1928, p. 10-21.

Otro ensayo sin fortuna fue el de N. Marr que, entre diversas concepciones del espíritu erróneamente presentadas como conformes al materialismo dialéctico, relacionó arbitrariamente tipos de lenguas que llamó "estadiales" y de las cuales veía, más allá de todo espíritu histórico, restos variados en las lenguas modernas o históricamente conocidas. La doctrina de Marr, después de un período de prestigio fue sometida a una discusión pública en la Unión Soviética y rechazada por varios lingüistas a quienes se unió J. Stalin con consideraciones generales de sociología. Esta tesis ya ha caído en el olvido<sup>4</sup>.

El gran lingüista A. Meillet, orientado con Ferdinand de Saussure hacia el estudio del lenguaje como hecho social, se unió muy temprano a la escuela sociológica francesa de Durkeim y publicó en *L'Année Sociologique* un trabajo de primordial importancia al que hemos de referirnos más adelante. También dio preciosos consejos de prudencia. Pero comprobamos con pesar que se dejó deslizar hacia un punto de vista que, según parece, habrá de considerarse como ejemplo de imprudencia tras su aspecto seductor. En efecto, en la conclusión de su historia del latín<sup>5</sup>, después de observar que en indoeuropeo en general y el latín en particular "la noción nominal no tenía expresión fija de una vez por todas", agrega: "Esto se debe al importante hecho de que, puesto que servía de órgano a aristócratas deseosos de ser ante todo jefes independientes, la lengua indoeuropea obraba con palabras que por su parte, tenían toda la autonomía posible". ¿Debemos pensar que si los súbditos o esclavos de los aristócratas usaban las mismas palabras "autónomas" se identificaban con sus amos o esperaban reemplazarlos? ¿O debemos creer que muchos siglos después los jefes feudales o los conquistadores que exploraban el Africa o América tenían un espíritu de mando tan modificado que podían contentarse con sustantivos mantenidos en un orden fijo (tanto en español como en francés o en portugués)?

Alf Sommerfelt, cuya preocupación constante es definir y desarrollar la lingüística sociológica, publicó en 1938 un ensayo de gran interés<sup>6</sup> sobre la lengua de los australianos *aranta* (o *arunta* o *aranda*). Sommerfelt determinó la relativa simplicidad del sistema fonémico que aparentemente correspondería al bajo nivel de la civilización australiana.

En la gramática señaló la ausencia de signos para nociones tales como la cualidad o el objeto; esto se relacionaría con un pensamiento poco refinado en materias abstractas pero no precisamente con las divisiones sociales. Sólo en las reparticiones de sentido en el vocabulario existe cierta relación con las instituciones,

<sup>4</sup>*The Soviet Linguistic Controversy*, Nueva York, Columbia University (Department of Slavic Languages), 1951; Stalin, *A propos du Marxisme en Linguistique*; París 1951.

<sup>5</sup>A. Meillet; *Esquisses d'une Histoire de la Langue Latine*; París, 1ª edición 1928 (3ª ed. 1933).

<sup>6</sup>Alf Sommerfelt: *La Langue et la Société*, "Caracteres Sociaux d'une Langue de Type archaïque"; Oslo 1938.

sobre todo familiares; pero no hay relaciones características entre éstas y las constituciones de palabras. En sus matizadas conclusiones, el autor advierte que en todo caso no se trata solamente de caracterizar los fonemas ni es aspecto de los agregados de fonemas que componen las palabras, ni en consecuencia sus transformaciones (si estudiamos su evolución).

El problema de las clases nominales merece un breve examen especial. Cuando se conocieron lenguas melanesias en que no existen características de géneros sexuales (masculino-femenino), sino reparticiones más complicadas en cierto número de categorías, por variación de ciertas características gramaticales, se dio a tales categorías el nombre de "clases". Esta terminología creó cierta confusión con las divisiones sociales<sup>7</sup>. Los primeros estudios sobre la lengua bantú atrajeron especialmente la atención sobre el fenómeno gramatical "clasificador". En esa lengua se encuentran prefijos de categorías repetidos por pleonismo gramatical en todos los elementos de una frase: por ejemplo: *ba* —de las "personas en plural"— en una frase como: *baleke bana mfumu, bankaka ba mbote bankaka ba mbi, bafwiidi bau baakalu* (muchachos estos del jefe, los unos buenos, los otros malvados, murieron todos ellos: "todos los hijos del jefe murieron, tanto los buenos como los malos")<sup>8</sup>. Los lingüistas aprovecharon sus estudios del indoeuropeo para perfeccionar la noción de género. A. Meillet sostuvo que el antiguo indoeuropeo tenía esencialmente una distinción animado-inanimado, ya que la distinción sexual era una división secundaria de lo animado. Como otros, pensó además que esa división haría simple (1 [a-b] -2) podía ser el resto de una división antigua más complicada. Entre los africanistas, Lillas Homburger (a quien no podemos seguir en todos sus estudios comparativos) fue la primera en observar justamente que las divisiones señaladas por prefijos diferentes en las lenguas africanas tienen al menos tantos valores abstractos como valores concretos: así, distinciones de singular, plural colectivo, diminutivo, nombres abstractos, nombre de manera, junto a "humano", "animal", "objeto". Lillas Homburger no habla de clases, sino de "géneros sexuales múltiples"<sup>9</sup>. Otros africanistas llegaron a preguntarse si la multiplicidad en este sistema no es secundaria y sucesora de una simplicidad más antigua. De todos modos, no subsiste nada en que podamos ver cierta correspondencia entre distinciones gramaticales y divisiones sociales.

<sup>7</sup> *Langues du Monde*, 1ª edición 1924; p. 443 (según A. Thalheimer). Véase también la p. 428 sobre el funcionamiento de los "numerales" de categorías en las mismas lenguas.

<sup>8</sup> *Langues du Monde*, 2ª ed, 1952, p. 860.

<sup>9</sup> Lillas Homburger: *Les Préfixes nominaux dans les*

*Parlers peul haussa et bantous* 1929; *Les Langues negro-africaines*, 1941 (especialmente las páginas 232-234). Además de las lenguas africanas, consúltese sobre todo E. Benveniste: *Remarques sur la classification nominale en Burúsaski* (lengua del norte de la India), en el *Bulletin de la Société de Linguistique*; tomo 44 (1947-1948).

En un artículo reciente (que por lo demás habría de suscitar discusiones y complementos), E. Benveniste escribió que “a medida que se trataba de comparar sistemáticamente la lengua y la sociedad iban surgiendo las discordancias”<sup>10</sup>.

Por consiguiente, es legítimo decir que la confrontación directa de las estructuras lingüísticas y sociales lleva a una conclusión negativa. A lo cual se suma el hecho de que no hayan podido determinarse construcciones-tipo de lenguas que corresponderían al empleo limitado en un clan o una tribu o, por el contrario, al empleo extendido en una confederación de tribus, un pueblo más o menos sólidamente organizado, una nación firmemente constituida.

Los lingüistas están de acuerdo en un punto: en circunstancias favorables, las hablas incultas pueden convertirse en lenguas de cultura sin cambiar sensiblemente de carácter, aun cuando tomen en préstamo muchos elementos de vocabulario y sufran en su sintaxis una influencia más o menos grande de lenguas de civilización con prestigio en la misma región del globo.

En la extrema diversidad de los desarrollos lingüísticos en el curso de las evoluciones que constituyen, en cada grupo o unidad, un lenguaje singular más o menos profundamente diferenciado de sus vecinos, encontramos con frecuencia situaciones en que tipos diversos de lengua corresponden a sociedades del mismo tipo de conjunto (por ejemplo en Europa, el húngaro o el finés entre germánico y eslavo); a la inversa, singulares parecidos pueden asociar lenguas que pertenecen a medios de civilización distantes en el tiempo y el espacio y que difieren en muchos de sus rasgos esenciales. Un ejemplo interesante y pintoresco es la similitud de la frase periódica en el latín literario y en amharico, lengua oficial de Abisinia, que sólo después de algún tiempo accedió al uso escrito.

Para ver con más claridad el estado natural de complejidad de los hechos que consideramos, sólo debemos recordar que en las regiones aún dialectales de los países de masa instruída (Francia es un ejemplo), la desmembración lingüística es tal que aldeas separadas apenas por unos kilómetros de distancia dentro de un área dialectal homogénea tienen cada una su individualidad lingüística. Dicha individualidad está marcada por algunos rasgos que son ya fonéticos, ya morfológicos y sintácticos, ya de léxico. Más aun, si consideramos que durante largos períodos las evoluciones en curso se producen de modo tal que mientras progresan en individuos o familias enteras, se demoran en otros, resulta evidente que ni siquiera un medio reducido como una aldea es homogéneo. Estudios muy cuidadosos arrojan estadísticas en que los conservadores y los innovadores están en proporciones diversas. El francés nos da claros ejemplos: la articulación correcta de la *l* líquida su-

<sup>10</sup>E. Benveniste. “Tendances récentes en linguistique générale”, en *Journal de Psychologie normale et pathologique*, enero-junio 1954 (véase en particular la

p. 142 en que después de la frase citada en nuestro artículo se habla de “difusiones”).

fre la competencia de la simple y en los medios populares parisienses a partir del siglo xvii y desaparece enteramente en el francés distinguido hacia fines del siglo xix (aunque liberal, Littré la recomienda a fines de 1870); en ciertas aldeas de Poitiers, subsiste en el habla de algunas personas. Asimismo, podemos estudiar en las provincias el paso —progresivo y desigual— de la *r* alveolar y vibrante a la *r* velar, llamada parisiense o *grasseyé*.

Conviene tener presente que la complicación no resulta menor en otros hechos sociales cuando nos tomamos el trabajo de estudiarlos. Todo el mundo concibe fácilmente la diferencia de hábitos que existe entre la vida urbana y la vida rural: por ejemplo, las diferencias en el vestir o siquiera en los peinados, o en los casos en que subsisten tales discrepancias. Pero sólo algunos etnógrafos conocen (sin poseer muchos repertorios de detalles) las diferencias entre utensilios y gestos que existen en todos los cantones de Francia. Si consideramos, además, las evoluciones, también aquí volvemos a encontrar estrechamente compenetrados los estados antiguos y los modernos. Para tomar un ejemplo de evidencia inmediata: un marido que da a su mujer una tunda de palos, normal en la Francia del siglo xvii, sólo puede ser en nuestros días un hombre excepcionalmente brutal. Pero si en este mismo mundo contemporáneo los garrotes y el látigo se han vuelto muy raros, los padres que se prohíben abofetear a sus hijos aún están en minoría. Así como los más ínfimos detalles lingüísticos deben observarse y registrarse tanto para nuestro uso como para el de la posteridad, los pormenores de la “microsociología” o etnografía de detalle merecen recogerse, siempre que las estadísticas no inciten a componer cuadros falseados, como hace poco lo ha advertido oportunamente Maxime Rodinson<sup>11</sup>.

En cuanto a la asociación precipitada de hechos de detalle heterogéneos, ya hemos dicho que debe evitarse resueltamente si no queremos perturbar los caminos de la investigación, en vez de allanarlos.

¿Es que acaso encontraremos un cúmulo tal de dificultades que nos forzará a una actitud enteramente negativa? En absoluto. Pero es preciso definir con prudencia las posibilidades positivas y sus límites actuales.

El estudio externo (no incluido en la descripción lingüística propiamente dicha) nos muestra los choques de lenguaje, que en ocasiones acaban con la desaparición de muchos de ellos: por ejemplo, la extensión del francés a expensas de los dialectos proviene de condiciones sociales bien determinadas.

Al estudiar tales hechos de conjunto no es ilícito, sino por el contrario muy aconsejable, examinar cómo se agrupan y realizan: este examen puede ser un capítulo de la sociología lingüística o una manera de encararla, según lo han demostrado A. Haudricourt y G. Granai en el artículo antes citado.

<sup>11</sup>Maxime Rodinson: “Ethnografie. et Relativisme”, en *Nouvelle Critique*; N° 69, noviembre de 1965.

En la célebre exposición de A. Meillet<sup>12</sup>, de la que no se ha obtenido aún bastante provecho prolongándola en estudios análogos más avanzados, penetramos realmente en el estudio del vocabulario y a la vez en el de las divisiones sociales: de no haber existido un lenguaje especial de marineros, palabras como *abordar* o en francés *arriver*, sin duda no se habrían formado. Si penetraron en el vocabulario general es porque la corporación de los marineros no estaba aislada y sus relaciones con la comunidad más vasta eran constantes.

El detalle procurará, pues, al lingüista —siempre que despliegue todo el ingenio deseable y mantenga la imprescindible cautela— muchos hallazgos parciales si escudriña en las condiciones sociales, así como el sociólogo podrá ver cómo se concretan ante él ciertas articulaciones sociales al considerar diversos hechos lingüísticos. Pero no es así como se elucidarán las constituciones de los conjuntos de los sistemas sociales, por una parte, y lingüísticos, por la otra. Hay otras vías de investigación que intencionalmente hemos dejado aparte en las páginas precedentes, aunque hemos aludido a ellas con algunos ejemplos en que la sociología adquiere el aspecto de la joven y frágil psicología comparada.

Aquí tendríamos que apartarnos del marco impuesto por el título de este artículo, precisamente con la intención de probar el valor de ciertas nociones. Por una parte, es preciso considerar que el lenguaje, instrumento de comunicación que se presta a todas las necesidades de la sociedad —y ante todo a las necesidades del trabajo, en la producción de los recursos necesarios a la vida—, es también una expresión del pensamiento que razona en sus desarrollos sucesivos. De manera antagónica, si encaramos las sociedades en grandes conjuntos de civilizaciones tal como podemos percibirlos a través de las épocas y los continentes, podremos hablar de especies y de niveles de civilización, con concepciones (en lenguaje familiar: “maneras de ver”) cuyos cambios pueden observarse en el curso de la evolución y que a menudo tienen expresiones lingüísticas —con más precisión, gramaticales— bien determinadas.

Aquí debemos fijar un punto: las concepciones se reflejan en las gramáticas y las modelan en diferente grado; no son las gramáticas las que hacen las concepciones<sup>13</sup>.

Sin embargo, puesto que las lenguas tienen condiciones especiales de evolución en el seno de las sociedades, los sistemas lingüísticos no se modifican según el ritmo de los cambios de ideas, que por su parte nunca son simples: puede ocurrir, en particular, que el léxico se renueve profundamente, mientras el sistema gramatical no presenta sino escasas modificaciones. Es preciso tener en cuenta el conjunto de la expresión.

<sup>12</sup>A. Meillet “Comment les Mots changent de Sens”, en *Année Sociologique*, 1905-1906; reproducido en *Linguistique historique et Linguistique générale*.

<sup>13</sup>Marcel Cohen; “Faits linguistiques et Faits de Pensée”, en *Journal de Psychologie* 1947; reproducido abreviadamente en *Cinquante Années de Recherches*, 1955.

Un primer ejemplo que atrajo la atención es el de las lenguas de Melanesia y otros idiomas en que determinaciones diferentes distinguen lo que es parte y prolongación de la persona y lo que es posesión de un objeto exterior a ella: resultado de una concepción antigua de la pertenencia<sup>14</sup>.

Aquí deben tener su puesto las clasificaciones de “géneros” más o menos abundantes de que hemos hablado antes: indudablemente, se trata de cierta visión especial de los hombres, los seres y las cosas. Otro ejemplo importante es el de la enumeración de los objetos: en sociedades atrasadas, la enumeración no existe prácticamente, como tampoco existe la distinción abstracta del singular y el plural. Pero medios gramaticales permiten distinguir del conjunto único el par, el trío, el grupo de cuatro.

En el ámbito de las conjugaciones, A. Meillet contribuyó especialmente a demostrar que la distinción gramatical de las divisiones del tiempo con relación al momento en que se habla (pretérito, presente, futuro) es secundaria, sobre todo en indoeuropeo, y responde a un progreso en la abstracción ante la expresión de las nociones más concretas de la acción acabada o no, momentánea o durable, etc.<sup>15</sup>.

Vemos cómo los hechos de este género pueden relacionarse en líneas generales con los grandes hechos de la civilización, pero no en relaciones simples: pues en los sistemas expuestos a nuestra observación, la complejidad es siempre grande, especialmente por la mezcla de lo antiguo y de lo nuevo.

Puesto que este campo de estudios es tan vasto, podemos encontrar en él las cuestiones de estructura. Si decimos, por ejemplo, que las nociones de cálculo perfeccionado y el sentimiento del tiempo sólo se establecen en sociedades muy numerosas y de industria desarrollada, al mismo tiempo aludimos a sociedades que presentan forzosamente ciertos rasgos, por ejemplo la división del trabajo y la existencia de clases.

Estos estudios sobre los grandes conjuntos y los estudios de detalle que hemos esbozado en las páginas precedentes nos permiten esperar que los lingüistas y los sociólogos obtendrán buenos resultados. Pero sólo podrán hacer obra sólida y fructífera si se abstienen de investigar relaciones simples que no corresponderían a la complejidad de las relaciones reales.

#### *Nota general*

Las ideas aquí desarrolladas se encuentran expresadas —en forma a la vez menos compacta y explícita— en un pasaje del libro del autor: *Por una sociología del lenguaje*, editado por Albin Michel (segunda parte: *Les langages et les Groupes sociaux*, capítulo II, “Constitutions et Transformations de Groupes et Langages”).

<sup>14</sup> Lucien Lévy-Bruhl: “L'Expression de la Possession dans les Langues mélanésiennes”, en *Mémoires de la Société Linguistique*, XIX, 1916.

<sup>15</sup> Marcel Cohen: “Aspect et Temps dans le Verbe”, en *Journal de Psychologie*, 1927 (con observaciones de A. Meillet).

Podrán encontrarse en dicha obra referencias diversas, con citas bastante extensas, mientras que en estas páginas la documentación se ha reducido a lo esencial. Por lo demás, algunas de las ideas aquí esbozadas y los ejemplos que las aclaran figuran en otros capítulos de la obra mencionada.

Podría establecerse una confrontación con otros trabajos sobre el mismo tema. En 1953, Alf Sommerfelt dio una serie de lecciones en la universidad de Michigan reunidas luego en un volumen: *Language, Society and Culture* (Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap, vol. xvii, Oslo, págs. 1-18).

B. A. Serebrennikov publicó en ruso un estudio sobre "El problema de las relaciones entre los hechos lingüísticos y la historia de la sociedad", en *Voprosy jazykoznanija* (Cuestiones de lingüística), Moscú, 1953, págs. 34-51; traducido al alemán en *Sowjewissenschaftliche Abteilung*, Berlín, 1953, 5-6, págs. 848-868.

Los tres estudios, hechos independientemente, y casi en la misma época, coinciden en los puntos esenciales. Sería interesante examinar algunas divergencias<sup>16</sup>.

<sup>16</sup>El tema del presente trabajo fue expuesto en el *Institut Français de Sociologie*, en su sesión del 26 de noviembre de 1955 (N. de la R.).